



CASSANDRA CLARE

La cadena de oro

CAZADORES DE SOMBRAS
LAS ÚLTIMAS HORAS

LIBRO 1

Cordelia Carstairs es una cazadora de sombras, una guerrera entrenada para luchar contra demonios. Cuando su padre es acusado de un crimen atroz, ella y su hermano viajan a Londres para evitar la ruina de la familia. Pronto, Cordelia se reencontrará con sus amigos de infancia, Jame y Lucie Herondale, y es arrastrada por su mundo de bailes elegantes, encuentros secretos y reuniones sobrenaturales, donde vampiros y brujos se mezclan con sirenas y magos.

Pero la nueva vida de Cordelia salta por los aires cuando unos demonios arrasan Londres. Unos seres diabólicos que no se parecen en nada a ninguna criatura contra la que un cazador haya luchado hasta el momento... En esta batalla, Cordelia y sus amigos descubrirán que un oscuro legado les ha otorgado unos poderes increíbles. Poderes que les obligarán a tomar una decisión tan brutal que les descubrirá el verdadero precio de ser un héroe.

Para Clary (la de verdad)

PRIMERA PARTE

Para mí, fue un día memorable, porque me llevó a grandes cambios. Pero pasa lo mismo con cualquier vida. Imagínese que se borra un día elegido, y piense en lo diferente que el curso de esa vida habría sido. Deténgase un instante, lector, y piense por un momento en la larga cadena de hierro o de oro, de espinas o de flores, que nunca lo habría atado, de no ser por la formación del primer eslabón aquel memorable día.

CHARLES DICKENS, *Grandes esperanzas*

DÍAS DEL PASADO: 1897

Lucie Herondale tenía diez años la primera vez que se encontró al chico en el bosque.

Criada en Londres, Lucie nunca se había imaginado un lugar como Brocelind. El bosque rodeaba completamente la mansión Herondale; los árboles se inclinaban juntando las copas, como si se susurraran con disimulo: verde oscuro durante el verano, dorado bruñido en el otoño. La alfombra de musgo sobre el suelo era tan verde y suave que su padre le había contado que, por las noches, las hadas la utilizaban de almohada, y que con las blancas estrellas de las flores que solo crecían en el oculto país de Idris, hacían brazaletes y anillos para sus delicadas manos.

James, naturalmente, le había dicho que las hadas no usaban almohada, que descansaban bajo tierra y se llevaban a las niñas malas mientras dormían. Lucie le pisó el pie, lo que hizo que papá la cogiera en brazos y la llevara de vuelta a la casa antes de que comenzara una pelea. James provenía del antiguo y noble linaje de los Herondale, pero eso no significaba que no se rebajara a tirarle de las trenzas a su hermanita de ser necesario.

Una noche, ya muy tarde, el brillo de la luna despertó a Lucie. Penetraba en su habitación como un chorro de leche y dibujaba blancas rayas de luz sobre la colcha y a lo largo del suelo de madera pulida.

Se levantó de la cama, salió por la ventana y saltó suavemente sobre el lecho de flores que había abajo. Era una noche de verano y el camisón le bastaba para no tener frío.

El límite del bosque, justo pasados los establos donde guardaban los caballos, parecía relucir. Avanzó hacia allí como un pequeño fantasma. Sus pies, calzados con zapatillas,

casi ni aplastaban el musgo mientras se deslizaba entre los árboles.

Primero se entretuvo haciendo coronas de flores y colgándolas de las ramas. Después jugó a ser Blancanieves escapando del cazador. Corrió entre la maraña de árboles y luego se volvió teatralmente suspirando mientras se llevaba el dorso de la mano a la frente: «Nunca me matarás —dijo—, porque tengo sangre real y un día seré reina y mucho más poderosa que mi madrastra. Y haré que te corten la cabeza».

Era posible, pensó más tarde, que no recordara bien del todo el cuento de Blancanieves.

Aun así, era muy divertido, y ya había dado cuatro o cinco carreras por el bosque cuando se dio cuenta de que se había perdido. Ya no podía ver la conocida silueta de la mansión Herondale entre los árboles.

Se volvió, presa del pánico. De repente, el bosque ya no parecía mágico. En vez de eso, los árboles se cernían sobre ella como fantasmas amenazantes. Le pareció oír la charla de voces de otro mundo entre el susurro de las hojas. Las nubes habían cubierto la luna. Estaba sola en la oscuridad.

Lucie era valiente, pero solo tenía diez años. Lanzó un leve sollozo y comenzó a correr en la que creía que era la dirección correcta. Pero el bosque se fue haciendo más sombrío y los espinos más tupidos. Uno se le enganchó en el camisón y le rasgó la tela. Lucie se tambaleó...

Y se cayó. Fue como la caída de Alicia hacia el País de las Maravillas, aunque mucho más corta. Se desplomó de cara y dio contra una capa de tierra dura.

Se sentó gimiendo. Se encontraba en el fondo de un hoyo circular excavado en la tierra. Las paredes eran lisas y se alzaban varios palmos por encima del alcance de sus manos.

Trató de hundir los dedos en la tierra y escalar por la pared como habría subido a un árbol. Pero la tierra estaba

blanda y se deshacía inconsistente. Después de intentarlo por quinta vez, se fijó en algo blanco que relucía a media altura en la lisa pared de tierra. Con la esperanza de que fuera una raíz, saltó e intentó agarrarla...

La tierra lo dejó escapar. No era una raíz sino un hueso blanco, y no de un animal...

—No grites —dijo una voz por encima de ella—. Las atraerás.

Lucie echó la cabeza atrás y miró fijamente hacia arriba. Inclinado sobre el borde del hoyo había un chico. Era mayor que su hermano James; quizá hasta tuviera dieciséis años. Mostraba un rostro encantador y melancólico, y una lisa melena negra sin el más mínimo rizo enmarcaba sus rasgos. El pelo casi le llegaba al cuello de la camisa.

—¿Atraer a quién? —Lucie puso los brazos en jarras.

—A las hadas —contestó él—. Esta es una de sus trampas. Suelen usarlas para atrapar animales, pero les encantará encontrar a una chica en su lugar.

Lucie lanzó un grito ahogado.

—¿Quieres decir que se me comerán?

El chico rio.

—No lo creo, aunque podrías encontrarte sirviendo a la nobleza hada en la Tierra Bajo la Colina durante el resto de tu vida. No volverías a ver a tu familia.

Arqueó las cejas, mirándola.

—No intentes asustarme —dijo ella.

—Te lo aseguro, solo digo la más pura verdad —repuso él—. Incluso la menos pura verdad es indigna de mí.

—Y tampoco seas tonto —replicó ella—. Soy Lucie Herondale. Mi padre es Will Herondale, una persona muy importante. Si me rescatas, serás recompensado.

—¿Una Herondale? —repitió él—. Vaya suerte la mía. —Suspiró, se acercó más al borde del hoyo y estiró el brazo. Una cicatriz le destelló en el dorso de la mano derecha; una marca fea, como si se hubiera quemado—. Arriba.

Lucie se le agarró a la muñeca con ambas manos y él la alzó con una fuerza sorprendente. Un instante después, ambos estaban en pie. Lucie lo pudo ver mejor. Era mayor de lo que había pensado y vestía con elegancia, en blanco y negro. La luna había vuelto a salir, y Lucie vio que tenía los ojos del color verde del musgo que cubría el suelo del bosque.

—Muchas gracias —agradeció ella con cierto remilgo. Se sacudió el camisón, que estaba manchado de tierra.

—Ahora, vámonos —le dijo él con voz agradable—. No tengas miedo. ¿De qué podemos hablar? ¿Te gustan los cuentos?

—Me encantan los cuentos —respondió Lucie—. Cuando sea mayor, seré una escritora famosa.

—Parece maravilloso —repuso el chico. Había algo ansioso en su tono.

Caminaron juntos por los senderos bajo los árboles. Él parecía saber hacia dónde iba, como si conociera bien el bosque. Seguramente era un «cambiado», pensó Lucie, astuta. El chico sabía mucho sobre los seres mágicos, pero resultaba evidente que no era uno de ellos: la había avisado de que la podían raptar las hadas, y seguramente fuera eso lo que le habría sucedido a él. Lucie no se lo iba a mencionar para que no se sintiera incómodo: debía de ser horrible ser un cambiado y que se te llevaran lejos de tu familia. Así que prefirió charlar con él sobre las princesas de los cuentos de hadas, y sobre cuál era la mejor. Y al poco rato ya volvían a estar en el jardín de la mansión Herondale.

—Supongo que, desde aquí, esta princesa puede recorrer sola el camino de regreso al castillo —bromeó él con una reverencia.

—Oh, sí —respondió Lucie, mirando hacia su ventana—. ¿Crees que se habrán dado cuenta de que me he ido?

Él se echó a reír y se dio la vuelta para marcharse. Ella lo llamó cuando él ya estaba en la verja.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó—. Yo te he dicho mi nombre. ¿Cuál es el tuyo?

Por un instante, él dudó. En medio de la noche, era todo blanco y negro, como una ilustración de alguno de los libros de Lucie. Hizo una profunda y elegante reverencia, de las que antes hacían los caballeros.

—Nunca me matarás —contestó él—. Porque soy de sangre real y un día seré mucho más poderoso que la reina. Y le cortaré la cabeza.

Lucie soltó un gritito indignado. ¿La habría estado escuchando antes, en el bosque, mientras jugaba? ¡Cómo se atrevía a burlarse de ella! Alzó un puño, dispuesta a blandirlo hacia él, pero el chico ya había desaparecido en la noche, dejando atrás solo el sonido de su risa.

Pasarían seis años antes de que volviera a verlo.

1

MEJORES ÁNGELES

Las sombras de nuestros deseos se interponen entre nosotros y nuestros mejores ángeles, eclipsando así su resplandor.

CHARLES DICKENS,
Barnaby Rudge

James Herondale estaba en plena lucha contra un demonio cuando de repente fue arrastrado al infierno.

No era la primera vez que le ocurría, ni tampoco sería la última. Un momento antes había estado arrodillado en el borde de un tejado inclinado del centro de Londres, con un fino cuchillo arrojadizo en cada mano, pensado en lo desagradable que era la basura que se acumulaba en la ciudad. Además de porquería, botellas vacías de ginebra y huesos de animales, sin duda había un pájaro muerto atascado en el canalón bajo su rodilla izquierda.

¡Así de glamurosa era la vida de un cazador de sombras! Sonaba bien, pensó, mientras contemplaba el callejón vacío que se extendía bajo él: un espacio estrecho abarrotado de basura y mal iluminado por la media luna que se alzaba en el cielo. Una raza especial de guerreros, descendientes de un ángel, dotados de poderes que les permitían usar armas de brillante *adamas* y portar las Marcas negras de las runas sagradas en el cuerpo, runas que los hacían más fuertes, más rápidos, más letales que cualquier humano mundano; runas que los hacían arder relucientes en la oscuri-

dad. Nadie le había hablado de cosas como arrodillarse accidentalmente sobre un pájaro muerto mientras esperaba que apareciera un demonio.

Un grito resonó en el callejón. Un sonido que James conocía muy bien: la voz de Matthew Fairchild. Saltó del tejado sin dudarle ni un momento. Matthew Fairchild era su *parabatai*: su hermano de sangre y compañero de lucha. James había jurado protegerlo, aunque eso no tenía importancia: con o sin juramento, hubiera dado su vida por Matthew.

Se vio movimiento en el fondo del callejón, donde se curvaba detrás de una estrecha hilera de casas. James se volvió en el momento en que un demonio surgió de entre las sombras rugiendo. Un cuerpo gris estriado, un afilado pico curvo lleno de dientes ganchudos y pies culminados en ásperas garras. «Un demonio deumas», pensó James. Recordaba claramente haber leído sobre los demonios deumas en uno de los viejos libros que su tío Jem le había dado. Se suponía que eran notables en algún aspecto. ¿Quizá extremadamente crueles, o excepcionalmente peligrosos? Eso sería típico, claro: todos esos meses de no toparse con ninguna actividad infernal, y luego sus amigos y él encontrándose con uno de los demonios más peligrosos que había.

Y hablando de eso... ¿dónde estaban sus amigos?

El deumas rugió de nuevo y se lanzó hacia James; la baba le colgaba de la boca en largos hilos de moco verde.

James echó el brazo hacia atrás, dispuesto a lanzar el primer cuchillo. El demonio le clavó los ojos durante un instante. Giraban en sus cuencas, verdes y negros, cargados de un odio que, de repente, se transformó en otra cosa.

En algo como el reconocimiento. Pero los demonios, al menos los de baja estofa, no reconocían a la gente. Solo eran animales crueles guiados por la codicia y el odio. Mientras James vacilaba, sorprendido, el suelo bajo sus pies pareció agitarse. Solo tuvo un instante para pensar:

«Oh, no, ahora no», antes de que el mundo se volviera gris y silencioso. Los edificios que lo rodeaban se habían convertido en sombras irregulares, y el cielo, en una cueva negra atravesada por rayos blancos.

Apretó el puño en torno al cuchillo; no sobre el mango, sino sobre la hoja. La punzada de dolor fue como un tortazo en la cara, espabilándolo. Al instante, el mundo regresó a él con todo su ruido y color. Apenas tuvo tiempo de registrar que el deumas estaba a medio salto, con las garras extendidas hacia él, cuando un torbellino de cuerdas azotó el aire, se enredó en las piernas del demonio y tiró de él hacia atrás.

«Thomas», pensó James, y efectivamente, su altísimo amigo apareció detrás del deumas con sus *boleadoras*. Tras él se hallaba Christopher, armado con un arco, y Matthew, con un cuchillo serafín en la mano.

El deumas se estrelló contra el suelo con un nuevo rugido, justo en el momento en el que James lanzaba sus dos cuchillos. Uno se le clavó al demonio en el cuello; el otro, en la frente. Puso los ojos en blanco y se sacudió violentamente. Entonces, James recordó de repente lo que había leído sobre los demonios deumas.

—Matthew... —comenzó, justo en el momento en que la criatura estallaba, cubriendo a Thomas, Christopher y Matthew de icor y trocitos quemados de lo que solo podía describirse como baba pastosa.

«Pringosos», recordó James demasiado tarde. Los demonios deumas eran notablemente pringosos. La mayoría de los demonios desaparecían al morir. Pero no los deumas.

Estos reventaban.

—¿C-cómo..., qué...? —tartamudeó Christopher, sin encontrar las palabras. La baba le goteaba por la nariz afilada y las gafas de montura dorada—. Pero ¿cómo...?

—¿Tratas de decir cómo es posible que finalmente hayamos localizado al último demonio en Londres y fuera

también el más asqueroso? —James se sorprendió de la normalidad de su propia voz; ya se estaba recuperando de la impresión provocada por el vistazo al reino de las sombras. Al menos, su ropa estaba intacta; el demonio parecía haber estallado sobre todo en dirección hacia la otra punta del callejón—. No somos quiénes para preguntarnos por qué, Christopher.

James tuvo la sensación de que su amigo lo miraba resentido. Thomas puso los ojos en blanco. Estaba limpiándose con un pañuelo que también estaba medio quemado y cubierto de icor, por lo que de poco le servía.

El cuchillo serafín de Matthew había empezado a parpadear. Los cuchillos serafín, imbuidos de la energía de los ángeles, solían ser las armas preferidas de los cazadores de sombras y la mejor defensa contra los demonios, pero no dejaba de existir la posibilidad de ahogar uno en abundante icor.

—¡Esto es horrible! —exclamó Matthew después de tirar a un lado el cuchillo inservible—. ¿Sabéis cuánto me he gastado en este chaleco?

—Nadie te manda salir a patrullar en busca de demonios vestido como un figurante de *La importancia de llamarse Ernesto* —bromeó James mientras le lanzaba un pañuelo limpio. Al hacerlo, notó una punzada en la mano. Tenía un corte ensangrentado en la palma debido a la hoja de su cuchillo. Apretó el puño para evitar que sus amigos se lo vieran.

—A mí no me parece que esté vestido como un figurante —aportó Thomas, que estaba ayudando a Christopher a limpiarse.

—Gracias —respondió Matthew con una leve inclinación de cabeza.

—Creo que va vestido como el actor principal. —Thomas sonrió de medio lado. Tenía uno de los rostros más amables que James había visto nunca, con unos agradables

ojos de color avellana. Pero eso no quería decir que no disfrutara metiéndose con sus amigos.

Matthew se frotó el cabello, de un color rubio ceniciento, con el pañuelo de James.

—Es la primera vez en todo un año que nos encontramos un demonio durante una patrulla, así que supuse que mi chaleco podría sobrevivir a esta noche. Tampoco es que ninguno de vosotros se haya vestido con el traje de combate.

Era cierto que los cazadores de sombras patrullaban en traje de combate, una especie de armadura flexible hecha de un material duro, parecido al cuero y resistente al icor, las armas blancas y cosas así, pero la falta de una auténtica presencia demoníaca en las calles los había hecho a todos un poco laxos con las reglas.

—Deja de frotarme, Thomas —protestó Christopher, agitando los brazos—. Deberíamos volver al Devil's y limpiarnos allí.

Un murmullo de asentimiento recorrió el grupo. Mientras recorrían el pegajoso camino hacia la calle, James se planteó que Matthew tenía razón. El padre de James, Will, le había hablado a menudo de las patrullas que solía realizar con su *parabatai*, Jem Carstairs, el tío de James, en las que tenían que pelear con demonios casi todas las noches.

James y los otros jóvenes cazadores de sombras aún patrullaban fielmente las calles de Londres, buscando demonios que pudieran hacer algún daño a la población mundana, pero, en los últimos años, la aparición de demonios había sido realmente esporádica. Era una buena noticia, naturalmente que lo era, pero aun así... resultaba algo raro. La actividad demoníaca seguía siendo la normal en el resto del mundo, así que ¿qué hacía que Londres fuera especial?

Había montones de mundanos yendo y viniendo por las calles de la ciudad, aunque ya era tarde. Nadie se fijó en el desaseado grupo de cazadores de sombras mientras avanzaban por Fleet Street; sus runas de *glamour* los hacían in-

visibles a cualquier ojo que no estuviera dotado de la Visión.

«Resultaba siempre extraño estar rodeado de una humanidad que no los veía», pensó James. Fleet Street era donde se ubicaban las oficinas de los periódicos y las cortes judiciales de Londres, y por todas partes había *pubs* brillantemente iluminados, llenos de trabajadores de las imprentas, abogados y oficiales de los juzgados que se quedaban hasta tarde, bebiendo hasta el amanecer. En el cercano Strand, los musicales y teatros ya se habían vaciado y grupos de jóvenes elegantemente vestidos reían y alborotaban persiguiendo los últimos autobuses de la noche.

Los policías también estaban por ahí, haciendo sus rondas, y los ciudadanos de Londres, lo suficientemente desafortunados como para no tener casa a la que acudir, se acurrucaban en las ventanas de los sótanos por las que ascendía el aire caliente, pues incluso en agosto las noches podían ser húmedas y frías. Mientras pasaban junto a un grupo de esos personajes agazapados, uno alzó la mirada, y James captó un vistazo de la pálida piel y los destellantes ojos de un vampiro.

Apartó la mirada. Los subterráneos no eran asunto suyo a no ser que estuvieran transgrediendo la Ley de la Clave. Y estaba cansado; a pesar de sus Marcas de energía siempre lo agotaba verse arrastrado hacia ese otro mundo de luz gris y quebradas sombras negras. Era algo que llevaba años sucediéndole: sabía que era la herencia de la sangre de brujo de su madre.

Los brujos eran hijos de humanos y demonios: capaces de emplear la magia, pero no de soportar las runas o usar *adamas*, el cristalino metal del que se tallaban las estelas y los cuchillos serafín. Eran uno de los cuatro tipos de subterráneos, que incluían también a los vampiros, los licántropos y los seres mágicos. La madre de James, Tessa Herondale, era una bruja, pero no había sido una simple humana, sino una cazadora de sombras. La propia Tessa había poseí-